



Seix Barral

Manuel Mejía Vallejo

Aire de tango



Aire de tango



Seix Barral Biblioteca Breve

Manuel Mejía Vallejo

Aire de tango

© Herederos de Manuel Mejía Vallejo, 2023

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2023
Calle 73 n.º 7-60, Bogotá
www.planetadelibros.com.co

Imágen de Cubierta: © Dora Ramírez. *Gardel en llamas*.

Primera edición (Colombia): abril de 2023
ISBN 13: 978-628-7582-61-3
ISBN 10: 628-7582-61-8

Impresión: xxxxxxxx xxxxxx
Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

A Balmore Álvarez,
un amigo que cantaba. Y que otra noche murió de puñal.

Nació el día que allí en el aeropuerto se tostó Carlos Gardel, como si quisiera asomarse a ver el choque.

Tal vez porque decían:

—Murió Carlitos, naciste vos, le cogió rabia y queredera a esto de tangos y milongas. Desde patojo se las aprendió, era dicha de Las Tías verlo en arranques de guapo a destiempo. Hasta que un tío marica y trasnochero le dejó un cuchillo.

Y a los cuchillos se aficionó, me parece ver la punta de su lengua afuera, pegao el ojo a la tabla, baquiana la mano aventando el fierro al mero blanco. Día, noche, ¡tas-tas-tas!: dos vueltas y media, tres vueltas y media en el aire, cinco...

—He mejorao —decía pasando la lengua a la otra punta del labio—. ¿Viste el último?

Porque aprendió a pulirlos de aceros ya curaos, de los que habían sido entrenaos en peleas de otros. Que vaca ladrona no olvida el portillo, ni el cuchillo olvida la sangre si un día probó sangre, agüeros de Jairo, por eso haría cuchillos de aceros con experiencia. Y a ponerles cachas de nácar, hueso, naranjo, marfil; le dio por bautizarlos y

coserles estuches en guerrilla y ajustárselos, hasta los saludaba:

—¿Qué tal, *Lunes*?

—Te tocó salir, *Martes*.

—Quietecito, *Viernes*.

Después se cuadraba en el espejo pa revisar la estampa: crespo el pelo y las pestañas, arrepechao él, los ojos verdes, sombrero alicaído, zapatos combinaos —las muchachas se los mantenían nuevecitos con betún y blanco de zin— y medias y camisas de seda que le traían los contrabandistas; de ai se anudaba la bufanda, estiraba las solapas, sacaba fósforos y cigarrillos pa'l primero del día. Una particularidá era que cogía el fósforo, lo apretaba con los dedos quietos y le miraba la cabeza y rastrillaba la caja contra el fósforo, la caja, no el fósforo, así era. Y su modito de andar como buscando camorra, y unas ganas en los ojos que se le notaban a media legua, las ganas.

—«Ese andar marica...» —dijo Torres el guapo. ¿Torres?, con decirles que había despachao a seis, ni pizca de remordimiento.

—Uno también puede hacer su muerte de cuando en cuando. ¿O me van a alegar que no? Digo, porque son muchos los caminos andaos. Y si uno ha hecho seis vidas, ¿me van a alegar que no puede hacer siquiera un muerto?

—Llevás seis.

—Mal traídas las cuentas, uno por uno.

Seis o quince, Torres era bueno pa'l disgusto, y se lo buscaban.

—«Tengo que encontrar a Torres» —me dijo otro antes, más le valiera no haberlo encontrao, ya tiene veinte años su cruz. A Torres le dio por decir lo mismo:

—«Tengo que encontrar a ese Jairo» —y se recostaba en el tabrete fumando su Pielroja, a la callanda en el rincón, esperando la hora que le venía sonando. Como mi hombre no se escondía, lo encontró, de ese encuentro vino lo de Torres.

—«Ese andar marica».

Tal vez por la pinta o por el modo entrador o por lo debuenas que era Jairo con los otros, Torres le cogió cape-llanía, hasta echar el dicho del andao.

—A ver, barájemela más despacio —dijo mi hombre.

—Ese andar marica...

Se le engualó el tiro porque Jairo no era de los que creen en pájaros preñaos, zumbando por los aires llegó *Miércoles* el cuchillo atravesao pa clavarse en la mano que Torres golpiaba contra la mesa. El disparate fue querer sacar el revólver.

—No, m'hijo, meta la izquierda que le hace menos falta —dijo Jairo, Torres ya sacaba con la derecha el tro-nador. Pero cuando iba a decir:

—«¡Ahora sí, marica malpari...!», se quedó sin aca-bar, le salió *Jueves* al encuentro, por ese dicho anda finao el finao Torres. Ni oímos lo que empezó a decir, nos que-damos viendo las palabras en el embaldosao, en esa espuma maluca que va dejando la colorada.

Vea: cuando cierta cosa sucede uno sabe que toda su vida vivió pa que esa cosa sucediera: bailar tangos y cum-bias, matar a un hombre. ¿A uno? Después resulta que oyó tangos y cumbias y mató a un hombre solitamente por hacer lo que tenía que hacer de allí en adelante.

¡Ni riesgos! Vivir peligrosamente, señores, el peligro nos mantiene despiertos, rápidos en pensar y atacar.

Porque si nos echamos con las petacas nos ponemos hobachones, la vida se duerme y uno se acaba. ¿O nos metemos en tantos líos porque otros líos ya los habían ordenao? A lo mejor hacemos todo por disculpar lo que hicimos y así venir a ser resultao de la vida pasada. ¿Que murió fulano?, en naciendo había empezao a morir... ¡Por mentar un andar meniao! Fue lo último que Torres dijo. Claro, trabajando de susto tenía que llegarle la hora de entregar la herramienta.

De verdá mi hombre tenía sus modos, trajiao como pa visitarse en el espejo, se cuidaba mucho; por eso del boxeo aprendió especialmente a desquitar el golpe.

—«Que me maten, pero que no me hinchén».

Se quedaba viendo a los muchachos burlón y quebrador mientras tiraba cuchillos a la tabla o a lo que fuera. Por bravo que estuviera nunca alzaba la voz. Aunque fuera pa mentar la madre o jugársela en desafíos, las palabras le salían suavecitas y respiradoras, del que está por tener un golpe de asma. Hasta ablandaba esos ojos cuando los veía reír por cualquier diccharachada, así, con gestos pedidos. Pero reían de la diccharachada, no de él, secreto suyo. Si estaba de gracia, zangarretiaba con su mano tantadora y la mirada a brinquitos, no sabíamos qué meniaba y tocaba más, si los ojos o los dedos.

A lo mejor quiso mostrar guapura en desquite de no sentirse macho desde patojo. Se las arreglaba, cree uno. Pero que de verdá supiéramos... Menté El Tío que iba al vividero, no hubo tal vaina del cuchillo, o según el modo de contarle.

—Mirá este billete, lo pongo en el bolsillo, es tuyo si lo sacás.

Jairo metía la mano en el bolsillo izquierdo, el bolsillo no tenía fondo. Ganaba el billete, después salía asustao o se hacía el asustao porque nunca lo contó a Las Tías —¿sí serían tías?— ni dejó de esperar desde la ventana que llegara el fulano, ¡cosas!

Un día después de otro billete lo iba a insultar cuando alcanzó a ver el brillo de una cachapa de puñal asomada por la camisa corrida en el cinturón desabotonao junto a la hebilla. ¡Pensar en esa cachapa! A la vuelta Jairo se le fue arrimando suavemente como el gato, se fijó en el bulto del puñal, y mientras metía una mano al bolsillo con la otra agarraba el arma. Cuando El Tío brincó ya tenía un chuzón en la pierna.

Claro que no, el que llamaban tío nunca volvió por aquel primer cuchillo perdido a la brava. Si Jairo quedó con el vicio o no quedó... Desde que vino supo arreglárselas, no estoy seguro si se acostó con alguna, muchas lo perseguían y acababan queriéndolo de manera diferente, como a un hermano que las protegía.

Lo malicié porque hasta las mujeres que buscaba eran descasitas de pecho, nalguichupadas pero pispas a más no poder, le chocaban las feas. Aunque sentía ardorcitos al ver señoras con cara de tías, el niño que había en él se sentía protegido, decía el profesor. Además cargaba cortauñas y limeta y espejito pa usarlos mirando de reojo con una picardía...

¿Pa la pelea? No nació el mes de los temblores. Ahora, que el que diga que no ha sentido miedo está diciendo mentiras, lo macho es no dejarse fregar del tembleque: de ahí no pasa lo que llaman valor. Pero entre los que yo conozco, Jairo era el más templao.

—«Está mirando la muerte» —decía don Sata al verlo quieto como el tigre antesitos de la dentellada. Allí se veía esa cosa de la muerte, Jairo sabía que desde mucho antes le hacía ronda, por eso lo encontraba siempre decidido. Se puso contento al descubrir que Gardel había sido peliador y que recibió por lo menos un balazo, el plomo salió en la autosis; que era de la mafia de Montevideo y Buenos Aires, que fue un chinche pernicioso y estuvo en un reformatorio por vagabundo y delincuente.

Jairo averiguaba como pidiendo permiso p'hacer lo mismo, se fue llenando de libros y revistas y fotos y recortes, aquí los cargo en este paquete: la vida entera de El Viejo desde antes de nacer hasta después de morir. Abra en cualquier parte, oiga:

«Informa don Domingo Tiola, a la sazón anciano nonagenario, exrevolucionario del noventa y expolicía de la seccional del Abasto, haber detenido a Gardel casi a diario por chorear y ratear (robar cosas) de los carros y puestos del mercado».

Jairo aplaudía estas chinchadas de El Rey, o le inventaba lances por pasar el tiempo:

—Suponete que esta es la esquina, allá por el novecientos, y aquí cuelga el farol de vidrio ahumado; suponete que recostado al muro un hombre coquetea bajo el sombrero con una mujer pintada, y en esas pasa Carlitos de nueve años y ofrece el periódico antes de buscar el catre; suponete que el acordeón del ciego suelta una milonga o que el organillero le da cuerda a *El choclo*...

Mi hombre metía aquí sus pasos de baile y tarariaba el primer tango de agarre antes de seguir:

—Suponete que el mico del organillero hace maro-

mas, y Carlitos se pone a mirarlo... Bueno, quitemos el mico pa no dañar la cosa, mejor suponételo arrimando a la primera mesa del café, donde conversan unos compadritos; el gamín... el pibe les cae en gracia y le dan conversación, después Carlitos se va por las últimas luces; y cuando los de la mesa van a prender un cigarrillo, notan la falta del encendedor que estaba en una punta; sale uno y alcanza a ver el pelao a la carrera perdiéndose al doblar otra esquina, el ruido de sus zapatos dañaos se lo come la música del organillero o el bandonión de un marino borracho... ¿Entendés el boleó?

Jairo celebraba su vaina y decía contento:

—Vendía fósforos y periódicos y le jalaba a la joyería, hasta en una tipografía le buscaba la comba al palo. Todavía era un pícaro, dicen aquí:

«Entre mil novecientos seis y mil novecientos ocho está en Montevideo, y se le recuerda cantando en los cafetines del barrio de Palermo... En mil novecientos seis y mil novecientos siete, ¿es procesado en la capital uruguaya? En el quinto Juzgado del crimen montevidiano radica un expediente en que el imputado suscribe *Carlos Garderes*. En el cuerpo de las actuaciones se dice que es conocido como “un tal Carlitos”, que suele utilizar diversos apellidos: *Garders*, *Gardenes*, *Garderes*, etc. Todos ellos son similares al Gardes de su tutora, pero desfigurados por los escasos conocimientos de escritura de Gardel, quien se expide con gruesos errores de ortografía».

—¡Jijues! —renegaba Jairo—, cantaba y escribía como ninguno, ver las cartas desde Nueva York y las que trae el mismo libro, ¡escritor güevetas el de este pegote!

Le gustaba saber cosas torcidas del cantor, la solida-

ridá, el parecido, se sentía menos solo. Sueño suyo ir a Buenos Aires, recorrer *Caminito* de Juan de Dios Filiberto, meterse en las movidas de compadres y milongueros, tarariaba, mermaba volumen a la radiola.

—Después le decían «el Francesito», conocerlo allá, o cuando lo llamaban «el Morocho del Abasto». Haber ido a casa del tal Gigena en mil novecientos once y verles el duelo a canciones, Gardel y Razzano, todavía pipiolos. Gigena era pianista, vivía en la calle Guardia Vieja, detrás del Mercado, allá Carlitos ratiaba pa no morir.

¿Jairo? Ochenta lances le vi, de ochenta salió enterito. O casi, porque lo señalaron en la cara, en el pecho, hasta en la espalda. ¿No ve que uno se va quedando en cada sitio onde dejó rastros? La de la cara le quedaba bien, partida una punta de la ceja, un poquito la frente y un rasguño de pómulo; y la de la cumbamba, dividida naturalmente en dos, pero ya todo bien cicatrizao, más parecía asunto de admirar. Eran boleos sin empuje o duelos machos sin pa qué, en estos también sabía manejárselas: con la facilidad suya pa limarse una uña dejaba entrar el cuchillo en la garganta o el pecho del candidato a difunto. ¡Delicadeza, compadre!

—No hubo remedio, *Jueves* —decía a su cuchillo entrador limpiándolo en la ropa del caído y metiéndolo al estuche. Porque vea una particularidá, le tenía fe —mala fe— al día jueves, le puso cacha roja al cuchillo de ese día, sólo tiraba a matar cuando *Jueves* salía del estuche.

Sí, desde que lo conocimos, el niño malcriao se le quedó metido porque le daban bravatas, sobradamente al ver unas fotografías que nadie más vio. Le ponía volumen a la radiola o se enfurruñaba callao hasta sacar un muñeco

azaroso y colocarlo en «El Paredón», como llamaba al rincón de sus peleas. Manera suya era remedar con brazos y manos una metralleta y hacer de matón de películas:

—¡Ta-ta-ta-ta-trr-rrr, acribillado!

O con pistolas imaginarias:

—¡Pum-pum-pao, de esta no se levanta!

O con cualquiera de sus fierros:

—¡Chas-chas-chas, en el mero mango!

Sí, este es el álbum de Jairo, lo abre una foto suya y una de Gardel, vean, ni de gancho. Jairo se parece a Lucifer, ¿no cierto?, güete cuando el profesor se lo dijo, le pidió cosas del diablo, oiga uno de los recortes:

«En el centro, sentado en un pequeño trono negro, se destaca Satanás; su rostro es pálido y triste, iracundos y flamígeros los ojos; en la frente tiene dos cuernos, entre los cuales resplandece una lúgubre candela. Su cuerpo es de hombre y cabrón, los dedos de la mano son cortos y armados de largas uñas puntiagudas; y aun cuando una bestial cola traicione su infame naturaleza, su figura se yergue con una gravedad soberbia y hastiada».

Tanta era su afición por el diablo que puso algo parecido encima de la entrada, lucía ese mascarón de brujo que la gente se quedaba viendo, con dos matas de flor roja a lao y lao de la puerta.

El cuarto suyo lo tenía pintao de azul clarete, por lo del tango aquel de Ángel Vargas, sería, y unas repisas hechas por él mismo pa colocar adornos en madera o chonta, y el cuadrerío con dibujos y fotos de su dios Carlos Gardel. El escaparate era de comino crespo con un espejo enorme incrustao en forma de huevo, y encima unas labraduras de cedro que gustaban mucho a los amigos. Y cuelguen y cuel-

guen otros perendengues, frasquitos, faroles, muñecos, fierros y cobres, puñales, cosas así. Uno casi tropezaba con una raíz que había estao atrancada en unas piedras del Cartama, Antonio se la regaló en la finca al primer viaje.

—¿Ves que esta raíz forma al mismo diablo?, ponele cuidao y verás.

Jairo veía el diablo en todo, porque lo llevaba dentro, ¿pa qué contradecirlo? Por ai tenía el estante de libros, cancioneros, magias, historias raras que él sabría entender. Se sentaba en una de las sillas mecedoras o en el nidito de sus tristedumbres cuando ponía en la grafonola vieja o en la radiola aquellas canciones que le metían sombras malas de calladera.

También, ¿por qué le interesan esos detalles? Las carpeticas de herencia en el nochero y en la mesa redonda torniada, muy pispa, a más del gran cuero de puma que le regaló Antonio, en la finca lo mató con su escopeta después de que la fiera le liquidó tres perros.

Olía sabroso el cuarto, a lo mismo que olía mi hombre; y el baño, a jabón y crema y lociones de la barba y el pelo. Detrás puso el billar que le dejó don Sata, un guapo viejo que acabó en dueño de cantina; en él jugaba Jairo con los amigos, le daba mitá de partido al más plantao. El taller olía a madera, a cera, a limpio, y unas matas de ruda, claveles y rosas del solarcito y las ollas de barro con bifloras que fueron de Las Tías.

Allá se encerraba cuando lo agarraba la neura, allá se juntaba con nosotros y con amigos del centro a desbarrar y echar palique hasta la madrugada. Después iba quedando solo con su espejo y sus repisas y sus discos de Gardel, algunos lo oyeron hablarle en los días piores. No

quiso aceptar que había muerto, por eso al acostarse o levantarse o al llegar lo saludaba o se despedía, al otro catre de cobre le hacía cambiar tendidos.

—«Por si algún día aparece El Viejo».

Pero si todos éramos por el estilo, ¿cómo decir que había muerto? No señores, muere lo que se olvida. Antes él estaba en las Europas o en Nuevayor, ¿cierto?, ahora está en todas partes porque no lo encuentran en ninguna. Por eso me pregunto: si Gardel no hubiera muerto, ¿estaría viviendo en esa forma tan verraca?

¿Respetar? Lo que se llama respetar, al profesor y a los discos de El Rey, los trataba como a personas de su corazón. Fíjese que una noche en su cuarto El Mudo —ya saben, El Mudo—, cantaba en el tocadiscos, y uno que no había sido invitao charlaba y charlaba sin dejar oír. De golpe, ¡chas-chas-chas!, tres cuchillos lo cercaron contra unas tablas que mantenía en el muro. Se vieron —Jairo pálido echándole sonrisa, el otro azonza de miedo—, sabíamos a qué atenernos si quería saborear sus tangos.

Nunca, señores, no era ningún atenido, pues manejaba renta propia no sé de ónde, y esa casa que Las Tías le dejaron. Lo cierto es que a Jairo no le faltó moneda y sabía gastarla no en pendejadas como nosotros, en medio de todo era organizao. Por allá en los cuartos de adentro instaló su tallercito de carpintería y labrao, ya dije, navajaba madera y chontas o encuadernaba libros con un arte... Miren su álbum, él mismo lo hizo, ¿conocen pastas así? Por eso pienso que estuvo en la casa de menores, no en el seminario, allá enseñan esas vainas.

Les repito, era pa regalarlo, días y días haciendo una cosa, en dos segundos la regalaba a la persona que le

cayera bien. Comentaban que no había tales contrabandistas ni mafias, que se encerraba en su casa días enteros, Juana Perucha echaba candao por fuera, nosotros creíamos que repasaba otros rumbos. Alguno dijo que adentro se oía a veces gritar y llorar...

Al fin y al cabo vivía bien, tal vez por eso enraizó en estos laos, porque con lo que tenía podía darse la gran vida en sitios distintos. Uno se envicia, a él le iría mal antes onde estaba y aquí mandaba por chicha al puente, mandaba la parada y lo querían, ¿qué más pide uno? Oír música, ver cine, labrar maderas y chontas, hacer crucigramas, jugar billar. Pocos le ganaban, en esto de las carambolas le sobraban aplausos y disgustos, la gente no quiere perder. También le formaban ronda, hasta su chico se jaló con Mario Criales, campeón bolivariano.

No que Jairo fuera el mejor, pero sí tenía el mejor estilo, su cuerpo le ayudaba, parecía un espadachín de película. Su manera de coger el taco y echarle tiza y mirar las bolas sobre el tapete y dar el paso largo y el paso corto y encaramarse y afinar las manos y calcular efectos de banda y tacar... Como bailando, pues, y a la fija, como si tirara cuchillos.

¡Carajo, los hombres se derritieron! Cuando cualquiera así repunta se le pordebajean de gusto y miedo y mariquerías. A uno lo levantan tías o mamás que parecen tías, y adiós macho, lo de voltiao es fijo. ¿No han notao que si un fulano se ve admirao coge aires malucones? De ai p'adentro se va acomodando.

Aguarden, es historia: aquí funcionaba la runfla de cafés de punta y raya. Fíjesen ahora, talleres, agencias de autos, almacenes de repuestos, ferreterías. ¡Cuántos

cuchillos mansitos en las vitrinas, y en la calle estos señores como señoras...! Jairo aprendió la historia de ciento veintitrés armas famosas.

No todos, ¿ve aquellos?, puros espantos. Les tumbaron su barrio, sus putiaderos. La Plaza. Recuerden los caballos resabiao a la pesebrera, así se resabieron estos a sus sestiaderos. Diez, veinte, treinta años visitándolos, enviciaos a ellos como al aguardiente o a la mariguana o a la amistá. La amistá puede ser vicio, de sabido se calla, pior qu'el tabaco un buen amigo.

¿En ese entonces? Gente, más gente. El doctor López y sus tres gritos de ¡Viva el gran Partido Liberal!, ¡viva el gran Partido Liberal!, ¡viva el gran Partido Liberal!, partido arriesgao y macho el de antes. Y Jorge Eliécer Gaitán con su «¡A la carga!», y aquello de «Yo no soy un hombre, yo soy un pueblo».

Otras gentes; bigotes, sombreros blancos; sin bigote, sombreros bajeros, de Aguadas, Estetson, Panizza, o aunque fuera de los metidos en esas hormas tan charras y enderezaos a punta de paciencia. Sombreros mestizos, blancos; caras barbadas, calungas. Sacos de solapas anchas, correas de cuero ancho, botas anchas en los calzones. Después volvió la moda de los estrechos, había que quitárselos con vaselina o mantequilla. Y el chaleco y el llaverito de aro y cadena, así podían voliarlo.

¿Qué hablaban? Enfermedades y muertes si venían en busca de médicos y mejores hospitales; si no venían de paseo, comentaban negocios en primer lugar. Traían de doscientos sitios sus corotos, llevaban sus corotos a doscientos sitios, ni cosecha de gusanos. Ferrocarril, aviones, carretera. Madera aserrada, granos, cabuya, frutas,

humedá. Plaza de mercao, olores de aguardiente, yerbas, sangre por estas cantinas.

Y un arte: cuando los aguaceros encharcaban la calle, al lao de las aceras y más al medio, a Jairo le gustaba arriesgar sus pantalones planchaos a toda la raya; los brincos de desquite eran de bailarín, la gente le seguía el paso con los ojos, comentando la habilidá pa no dejarse chisguetiar de las llantas.

Tartarín, ¿lo conocieron? Tal vez le aprendió a él, también le sacaba el quite torero a los chisguetes, sin apurarse.

—¡Primero muerto que en ridículo!

El chofer tenía que frenar pa no vérselas negras. Y se las veían, como que me llamo Ernesto Arango, pa servirle, de los Arangos de Balandú pero metido hasta el bozo en la ciudad, mi traga.

Ya que lo menté, en estos recovecos zurrunguiaba su tiple Tartarín Moreira —Libardo Parra Toro, Tartarín—; Magaldi grabó tangos suyos de letra, y Hugo del Carril, Pedro Vargas, otros, ¿han oído *Amargura*? Y Balmore Álvarez, qué voz. Le brillaban sus antiojos cuando cantaba, la frente, la figura, parecía un hindú de película.

—«Hay que ser malos, la bondad llama al abuso» —decía pero seguía bueno como el pan moreno, jalándole a los libros de otros. Después murió a cuchillo...

Sí, esa cantina se llamaba Los Infiernos, muertos y heridos traía a sus espaldas. Aquí Jairo recibió su primer bautizo un sábado de cerveza y aguardiente. Sin quererlo, ya ven: porque era bonito, una muchacha le picó el ojo desde el rincón, su parejo miró a los dos y le pegó a ella en la cara. Mi hombre apenas voltió a ver sin decir nada aunque lo embejucaban esos maltratos.

—¡Qué!, ¿le chocó? —desafió rabietas el del rincón, uno de esos bochincheros sin más oficio que presumir de intocables, pior si no maliciaba bravos en el vecindario, ¡alabate coles que no hay frisoles!

—A mí no me dolió —contestó Jairo—, pregúntele a ella si le quedó gustando.

—¡Pues pa todos hay!

—Ver primero y después creer...

Lo cogieron desprevenido, fue su bautizo; pero caer pa levantarse no es caer, el de la otra mesa no salió mejor librao.

Después Juan Peleas con sus matonerías, debía algunos muertos, ¡cuidao el que se engarzara con él!

—«La Güesuda no se le esconde a nadie. Apenitas dos y vinieron a cobrármelas, les pagué con otras dos, ¿pa qué le buscan al hombre su rabia?».

Le calculaban once, seis o siete caras cortadas por culpa de su cuchillo. Fue de los malos en La Violencia, buscando el carisellazo; tipo cuajao, de cara ladina como el perrito de la Victor, su ojo medio apagao mirándolo, mirándolo, que miraba sin querer mirar y torcía despacio la boca, despacito; de mano pesada cuando estaba en la fina, bueno pa'l trago nochero y la compañía mala.

—Soy hombre de muchos pantalones.

—¡Opa!

Jairo tenía cerca la guerrilla —así llaman los tahúres a su runfla de daos, cargaos algunos—. La guerrilla cerca de él, *Lunes, Martes...* Y la tabla, siempre había una tabla pa ir clavándolos, mientras Juan Peleas perecosiaba con lo de los pantalones.

—Estorbarán mucho si son muchos, los calzones

—contestó Jairo. *Martes, Miércoles*. Viera el silencio que se arrimaba, y eso que Jairo no había sacao a *Jueves*, el cachirrojo.

—«Este me está viendo las güevas», casi no se le oyó. Las coperas pasmadas, los hombres ni se rebullían, apenas el ruido de un ventilador, alguna mediatós, el rastroleo de una candela al prender el cigarrillo, o un fósforo El Rey, y el tas-tas de los fierros contra la tabla. Venía el silencio bravo, se oiría la sangre.

—Pa los fierrazos me tengo confianza.

El capacho no hace la mazorca y los doctores también se enferman, aunque Juan Peleas era de agarre en despachar de tres voliones sus asuntos. ¿Motivos? Oyen decir que en otro sitio hay uno que se las da de gamonal, y comienza a trabajar el asunto, sea guapura de verdá o latido de perro ventanero. Pero se la jugaban a lo tahúr, así la muerte viene a ser lo mismo que la vida, o la otra cara de la moneda tirada al aire, y a esperar el resultao. Si es que morir a tiempo no es una forma de ganar...

La guerrilla volvía a llenarse, yo despegaba el puñalero y se lo devolvía a Jairo. *Lunes* había salido, se movía en los dedos baquianos debajo de la mesa, debajito, brillaría en la oscuridá... Y otra vez lo de los pantalones.

—De dril, o de gante pa usté —entucó Jairo. El otro le mandó su mirada chorriada, Jairo no le puso bolas.

—¿Calzoncillos también? Necesito unos sin franjas.

—¿Se cree con mucha verreaquera?

—Para el gasto no más.

—No me haga reír que tengo los labios rajaos.

—Pues cuídese, no vaya y le rajen también las tetas.

—¡Soy hombre de pantalones, carajo!